

las malignas sugerencias del demonio, su humildad, su mortificación; su ardiente amor á Dios, todas las virtudes cuyo concierto forman la perfecta religiosa, y un alma eminente en piedad, aparecieron en ella con brillo en esta guerra espiritual. Jamás se desanimó; jamás se abandonó á la turbación; jamás se relajó; sino que estando siempre vigilante, siempre más animosa y dispuesta al combate, la tentación solo sirvió para afirmarla más en las virtudes, y hacerla crecer en mérito delante de Dios.

La superiora, que reconocía en ella excelentes disposiciones para las virtudes heroicas, las secundaba por su parte con la conducta que observaba para con ella; y encontrando en su voluntad una docilidad dispuesta á todo, cuanto más la fortalecía consolándola en sus tentaciones é inspirándole ánimo, tanto más también la probaba con prácticas humillantes, á fin de desapegarla siempre más de sí misma, y para atraer sobre su alma aquellas gracias más particulares que Dios concede á las personas humildes y fieles en adelantarse en la perfección.

No solamente aquella superiora esclarecida rogaba y hacía rogar á las hermanas para obtener del cielo la fuerza que la jóven Eufrasia necesitaba en los violentos asaltos que le daba el demonio, sino que también la conducía como paso á paso de un ejercicio á otro, de una práctica á otra, de un acto de virtud á otro; y Eufrasia, ciegamente sumisa, no sabía obrar sino bajo sus órdenes y por sus consejos.

No solamente se sometía con una exacta obediencia en las cosas de fácil ejecución, sino en aquellas que chocan con el sentido común, cuando este no consulta más que al amor propio. Eufrasia no conocía cosa imposible cuando se trata de obedecer. La obediencia allanaba en su espíritu toda suerte de dificultades.

Un día la superiora, queriendo probar su sumisión, le or-

denó que trasladase de un lado á otro un montón de piedras, en el que había algunas que dos hermanas con mucha pena hubiesen podido mover. Muy lejos de que Eufrasia pensara siquiera que la carga era sobre sus fuerzas, y que sus ayunos la podían poner fuera de estado de sostener un tan gran trabajo, no se ocupó más que de obedecer sin exigir que se la hiciese ayudar por alguna otra religiosa, y cumplió valerosamente lo que se le había prescrito.

Algunos días después, la superiora le ordenó que volviese á poner las piedras en el primer sitio de donde las había sacado, lo cual ella ejecutó con la misma prontitud. Finalmente le hizo hacer lo mismo durante treinta días consecutivos, sin que Eufrasia aflojase en el ardor que había manifestado la primera vez en obedecer.

Las religiosas que eran todas testigos de su sumisión y de su trabajo, no se cansaban de admirarla, y hasta muchas le manifestaron su asombro. En efecto, además del ejemplo que les daba de una obediencia ciega, era evidente que Dios le daba en aquella ocasión fuerzas sobrenaturales, puesto que el trabajo que hacía estaba muy por encima de la naturaleza, como hemos dicho.

Después del trigésimo día, iba á continuar el mismo ejercicio sin dar muestras del menor cansancio, cuando la superiora le ordenó que cesase y fuese, en lugar de aquel ejercicio, á amasar pan para la comunidad, hacerlo cocer, y hacer de modo que estuviese á punto para ser presentado á las hermanas la misma noche, á lo cual ella obedeció igualmente, aunque esto la obligó á redoblar el trabajo y la diligencia.

No causándose el demonio de importunarla con nuevas tentaciones, no es fácil concebir á qué fatigas se condenó ella voluntariamente para triunfar de su malicia. Levantóse contra sí misma con un zelo ardiente hasta no darse punto de reposo, encargándose de una multitud de ocupaciones,

todas á cual más penosa. Sus ocupaciones casi diarias eran: estar de pié horas enteras en presencia de las religiosas; preparar la comida; servir á la mesa; barrer el monasterio; cortar y traer leña para la cocina; amasar y hacer cocer el pan para todas las hermanas; y su actividad era tan continua que las religiosas cuyas miradas todas atraía su virtud, confesaban que durante un año entero jamás la habían visto descansar, escepto de noche cuando dormía.

Ella no se creía por esto con derecho á dispensarse de asistir noche y día al canto de los salmos, sino que al contrario iba á él tan puntuálmente como las más fervorosas; y lo que es más admirable, cumplía con sus obligaciones en todos estos cargos, aun los más viles, con tanta gracia y dignidad, que por vil que fuese el ejercicio al cual se abajaba, siempre se reconocía en ella la grandeza de su origen, pareciendo tan grande en su humillacion como si hubiese estado sobre el trono.

Para colmo de maravilla, se veía que Dios la sostenía sensiblemente en aquella continuacion de fatigas, puesto que en vez de debilitarse con ellas, como naturalmente debía suceder, su salud se fortalecía más; de suerte que, á los veinte años, era de una estatura más alta que ninguna de las hermanas, más robusta que ellas, de una robustez admirable, y su primitiva belleza se había conservado siempre, aun cuando esto era de lo que menos se le podía hablar.

¿Quién habría pensado que un alma cuya conducta toda llevaba el sello de todas las virtudes religiosas, pudiese ser jamás objeto de contradiccion? Pero Dios, que quería hacer brillar en ella la dulzura y paciencia, á fin de que sirviese de ejemplo á las demás, permitió que una religiosa llamaba Germana, envidiosa de su virtud, se atreviese á levantarse contra ella, y la hiciese sentir los efectos de su mal genio.

Germana no tenía el nacimiento, ni el mérito, ni otra ninguna ventaja que pudiera ponerla al nivel de Eufrasia. Era una de aquellas personas que pueden hallarse hasta en las comunidades más reformadas, que parece que no viven en ellas sino para probar la paciencia de las demás. Así que, muy lejos de reconocer en nuestra Santa una piedad capaz de edificarla, solo la consideró para tacharla de hipocresia y ambicion, lo cual hasta la llevó un día á decirle con agrura, que comía solamente una vez á la semana para desalentar á las demás hermanas que no podían hacer otro tanto, y que aquello no era más que un artificio para ser superiora despues de la muerte de la que entonces lo era.

Muy lejos de incomodarse Eufrasia por tan injusto reproche, contentóse con representarle con una dulzura que hubiera debido enternecerla, que ella no ayunaba sino con el permiso de la abadesa, y finalmente se puso de rodillas á sus piés y le dijo con la más conmovedora humildad: « Perdonadme, señora, y rogad por mí; pues soy verdaderamente culpable y confieso que he pecado contra Dios y contra vos. »

No se dejó ignorar la conducta de Germana á la superiora, la cual, apenas tuvo de ella noticia, llamó á aquella mala religiosa, dióle una severa repension y le impuso una penitencia, separándola de las demás hermanas, como indigna de vivir entre tan santas mugeres. Pero Eufrasia, cuyo corazon era más sensible á la pena de los demás que á la que le tocaba á ella misma, interesóse con todas sus fuerzas para obtener su perdon, y durante treinta dias no cesó de rogárselo á la superiora.

Al final de ellos, viendo que no lograba nada, y no pudiendo sufrir que una de sus hermanas sufriese penitencia por ocasion suya, tomó consigo á la hermana Julia y la suplicó que uniese sus instancias á las suyas para con las más

antiguas del monasterio á fin de inducirlas á pedir á la superiora la reunion de Germana á la comunidad.

La superiora, á la que las madres antiguas fueron á suplicar, á solicitacion de nuestra Santa, hizo llamar entonces á Germana, y le renovó en presencia suya los mismos reproches que le había dado antes de imponerle la penitencia. Finalmente, dejándose doblegar por las instancias de todas, y en particular de Eufrasia, la perdonó y le permitió entrar de nuevo en la comunidad.

Pero las pruebas de nuestra santa vírgen no terminaron aquí. Apenas salió de este combate cuando se encontró metida en otro por esfuerzos más formidables del maligno espíritu. Hasta entonces no la había atacado sino con tentaciones en la imaginacion; pero despues atentó con furor contra su vida, ya precipitándola un dia en un pozo cuando sacaba agua del mismo, ya haciéndola caer otra vez de un piso alto. Y una vez entre otras, cuando cortaba madera, hizo inclinar la cuña contra su pié y le abrió una profunda herida. No fué sino una proteccion visible de Dios el que se escapara de estos accidentes, uno solo de los cuales le podía quitar la vida; pero su valor jamás se debilitó, y siempre se animaba más y más á proseguir sus laboriosos ejercicios, despreciando la malicia del demonio y poniendo en Dios toda su confianza.

Pruebas tan patentes de la proteccion del Señor para con su sierva, confirmaron todavía más á la superiora y á las otras religiosas en la alta estima que habían concebido de su santidad. Ellas no podían ver en Eufrasia un tan maravilloso concierto de virtudes y prodigios sin reconocer en esto el dedo de Dios. Así que no quedaron sorprendidas cuando vieron que había recibido el don de hacer milagros.

La virtud de aquellas religiosas gozaba de tanta veneracion en toda la comarca, como lo hicimos notar desde el principio, que con frecuencia las mugeres del pais les lle-

vaban sus hijos enfermos á fin de que con sus oraciones les obtuviesen la curacion. Un dia hubo una que llevó el suyo de edad de ocho años, el cual era paralítico, sordo y mudo, pidiendo con muchos gemidos y lágrimas que suplicasen á Dios su curacion.

La superiora, á quien avisó de ello la portera, sintióse, en aquel momento inspirada á confiar esta curacion á Eufrasia y, habiéndola hecho llamar, le ordenó que fuera á tomar á aquel niño á la puerta del monasterio sin explicarle más sus intenciones.

Apenas Eufrasia vió al niño en un estado tan deplorable, movióse á compasion hácia él, y le dijo, haciendo sobre el mismo la señal de la cruz: Que el que te ha criado, te cure. Tomóle en seguida en sus brazos para llevarlo á la superiora; pero apenas lo tuvo en ellos, cuando se encontró enteramente curado, pidió por su madre, y corrió hácia ella como si jamás hubiese estado enfermo.

La superiora, conociendo por este prodigio el don que Eufrasia había recibido de Dios, la destinó para servir á una muger poseida del demonio, á la cual se tenía en el monasterio y para la cual las hermanas oraban hácia ya largo tiempo á fin de obtener su curacion. El espíritu inmundo al cual estaba entregada, la hacia tan furiosa que había sido necesario atarla con fuertes cadenas, y aun á pesar de estas precauciones nadie se atrevía á acercársele; y cuando le daban de comer, se lo presentaban en una cesta atada al extremo de una cuerda.

Cuando la Santa quiso darle de comer, irritóse furiosamente, rechinando de dientes y lanzándose sobre ella. Pero Eufrasia, sin desconcertarse, la amenazó con pegarle con el baston de la superiora que tenía en la mano, mostrando por ahí el respeto y confianza que tenía en la autoridad de la Madre, y que ella no obraba más que por obediencia. En efecto, la posesa se apaciguó y tomó su comida

de manos de Enfrasia la cual continuó sirviéndola sin otra precaucion y sin que nadie se atreviese á hacer lo mismo.

Entonces la superiora, no dudando ya que Dios le había reservado la gloria de arrojar aquel demonio, le declaró que era voluntad del Señor que acometiese esta empresa. La humildad de la Santa se alarmó con semejante proposicion. Postróse con el rostro en tierra, echóse ceniza sobre la cabeza, y exclamó persuadida de su impotencia: « ¡ Ay! ¿ quién soy yo, más que una miserable, para osar intentar arrojar á un demonio del cual no han podido librar á esta muger las oraciones de todas las hermanas? »

Sin embargo, confiando en la palabra de la superiora, despues de haber hecho su oracion delante del altar del oratorio, fuese derecha á la posesa, para obligar al demonio á retirarse de ella. Todas las hermanas la seguian de lejos, queriendo ver lo que iba á pasar. Al principio el espíritu maligno opuso estrañas resistencias, y vomitó contra ella por boca de la posesa toda suerte de injurias, las cuales sufrió ella humillándose todavia más de lo que el demonio quería rebajarla. Por último viendo que se obstinaba en no salir, dirigióse de nuevo á Nuestro Señor Jesucristo con una elevacion de corazon hácia él, que hizo con todo el ardor de que fué capaz; y con este golpe el demonio abandonó la plaza, lanzando al salir terribles gritos contra aquella muger y causando un horrible alboroto.

Al mismo tiempo Eufrasia tomó por la mano á la muger á la que el demonio habia inducido hasta entonces á vivir entre la inmundicia, limpióla, le cambió los vestidos y la llevó á la superiora, quien la condujo al oratorio para dar allí gracias al Señor con las demás religiosas.

Desde entonces Eufrasia se humilló más de lo que nunca había hecho. Pasó las noches enteras en oracion. Continuó ayunando rigurosamente y no cercenó nada de los penosos servicios que hasta entonces había tributado á las herma-

nos; y este punto de su vida es más edificante y digno de admiracion que los prodigios que acabamos de referir, por grandes que parezcan.

Ella no sobrevivió mucho tiempo, sino que habiendo llenado la medida de su perfeccion por una continuada serie de actos heroicos de todas las virtudes, Dios lo dió á conocer á la superiora en un sueño, en el que le hizo ver que la santísima Virgen introducía á Eufrasia en la mansion de la gloria, y que esto debía suceder dentro de diez dias.

La piadosa abadesa, viendo la pérdida que iba á experimentar, conmovióse hasta el fondo del alma; y por más que hizo para ocultar su dolor, la tristeza que aparecía en su rostro hizo comprender á sus religiosas que se hallaba en una extrema afliccion. Sin embargo no les comunicó la vision que había tenido hasta la víspera del dia en que Eufrasia debía morir. Afligiéronse todas extraordinariamente al oirla; pero Eufrasia más que ninguna otra y por un sentimiento muy distinto; porque ocultándole su humildad el conocimiento de sus méritos y no mostrándole sino motivos de aniquilarse, postróse á los pies de la superiora y, derramando un torrente de lágrimas le suplicó que le obtuviese de Dios todavia un año de vida para llorar, decia ella, sus faltas, viéndose desprovista de virtudes y teniendo una gran necesidad de hacer penitencia.

La superiora la animó é inspiró ánimo y confianza. Ordenó á las demás hermanas que la llevasen al oratorio, porque su próxima muerte empezaba á declararse por una ardiente calentura. Las religiosas la aguardaron hasta la noche á la hora de la refeccion, en que la superiora se despidió de ellas, quedando con la hermana Julia junto á la enferma. Julia la suplicó mucho que pidiese despues de su muerte al Señor que la siguiera de cerca, porque deseaba con ardor asociársele en el cielo, como habian vivido en estrecha union en la tierra.

Eufrasia vivió todavía hasta el día siguiente. Y desde la mañana apercibiéndose la superiora de que le iban faltando mucho las fuerzas, hizo llamar de nuevo á las religiosas, las cuales acudieron para darle con mucha ternura y lágrimas el último adiós. Finalmente, habiéndose puesto todas en oracion, espiró dulcemente siendo de treinta y un años de edad, dichosa por haber llegado en tan poco tiempo á una consumada santidad.

Julia que, como dijimos, habia sido su maestra y la habia amado tanto, pasó tres días sobre su sepulcro en oraciones y lagrimas. Al cuarto día fuése á encontrar á la superiora, y le declaró con grandes señales de alegría que Eufrasia le habia obtenido de Dios la gracia de irse á juntar con ella en la gloria; así que murió al día siguiente despues de haber dado el último beso á todas las hermanas, y fué enterada en el sepulcro de la Santa.

Apenas habian trascurrido treinta días cuando la superiora obtuvo la misma gracia por intercesion de Eufrasia. En su consecuencia, advirtió á sus religiosas que se escogiesen una abadesa; y para calmar su pena y afliccion, les declaró todo lo que Dios le había dado á conocer de la gloria grande que Eufrasia y Julia gozaban en el cielo; lo cuál les inspiró un fervor tal que todas le suplicaron que pidiese al Señor que las retirase de este mundo para participar de la dicha de aquellas dos santas.

Escogieron para abadesa á una hermana llamada Teognia, y se la presentaron. Entonces dirigiéndole la palabra aquella digna superiora, le dijo: « He ahí que las hermanas os han elegido para conducir las segun la ley de Dios y las reglas del monasterio; yo os suplico en nombre de la Santísima Trinidad, que no busqueis los bienes y las riquezas de este mundo, ni apliqueis las hermanas á cuidados terrenales, sino más bien á que desprecien los bienes temporales para ser dignas de los de la eternidad. » Despues,

hablando á las hermanas, dijo: « En cuanto á vosotras, queridas hijas mias, acordaos de la conducta que Eufrasia ha observado en vuestra compañía; esforzaos en seguir sus pasos, si quereis participar de su dicha. »

Despues de estas pocas palabras, las despidió, y se encerró sola en el oratorio, en donde al día siguiente la encontraron durmiendo el sueño de los santos. No quisieron separar su cuerpo de los de Eufrasia y Julia pero despues; no se encerró á nadie más en aquel sepulcro.

El historiador de la vida de nuestra santa dice que se obraban en él muchos milagros: que los posesos que á él se llevaban se veían pronto libres, gritando los demonios que Eufrasia triunfaba de ellos y les atormentaba aun despues de su muerte. Termina su historia con estas palabras: « Tal fué la vida de la muy noble Eufrasia, que mereció ser agregada á la corte celestial. Nosotros debemos esforzarnos en imitar sus virtudes, y sobre todo su humildad, su obediencia, su infatigable trabajo, su mansedumbre y su longanimidad, y mereceremos como ella gozar en la compañía de los ángeles de la dicha de estar con Nuestro Señor Jesucristo¹. »

¹ La memoria de santa Eufrasia está en tan gran veneracion entre los griegos, que cuando se reciben los votos de una religiosa, el sacerdote pide á Dios por ella, que le haga participante de las gracias y bendiciones con que colmó á Santa Tecla, Santa Eufrasia y santa Olimpiades. Celebran su fiesta el 25 de julio; y está fijada en el *Martirologio romano* el 13 de marzo.